

GEORGE HERBERT MEAD Y LA PSICOLOGÍA SOCIAL DE LOS OBJETOS

Miquel Doménech,

Universitat Autònoma de Barcelona

Lupicinio Iñiguez

Universitat Autònoma de Barcelona

Francisco Tirado

Universitat Autònoma de Barcelona

RESUMEN: Hace más de una década que diversas disciplinas de las ciencias sociales vindican la necesidad de una semiología de lo material. Sin duda, la realidad social es eminentemente simbólica, pero tal simbolismo no se ciñe exclusivamente a lo textual, discursivo o lingüístico. Existen prácticas más allá de esta dimensión que producen sentido y significado. Los objetos y las cosas están implicados en ellas. ¿Qué elementos definen semejante semiología? ¿Cómo hay que interpretar esas prácticas? ¿Cómo se relacionan con la producción de lo social? Las respuestas vienen de la mano de la formulación de una cultura material. Mas la elaboración de ésta exige la revisión de las propuestas que al respecto realizó G.H.Mead. Efectivamente, en su obra es posible encontrar una explicación para el papel que los objetos juegan en la constitución y mantenimiento de identidades sociales, entender cómo confieren al self un ambiente estable y familiar, examinar cómo los actos de tocar y comprender, en tanto que relación básica con lo material, detentan un papel clave en la construcción y mantenimiento de la realidad, y, en definitiva, observar como la relación del self con el mundo físico se configura como relación social. En el presente trabajo revisaremos todas estas cuestiones. Y concluiremos que constituyen los primeros pasos para esbozar una Psicología Social de los objetos.

PALABRAS CLAVE: Mead, psicología social de los objetos, socialidad, self.

GEORGE HERBERT MEAD AND THE SOCIAL PSYCHOLOGY OF OBJECTS

ABSTRACT: From several social sciences disciplines, for more than ten years, we are claiming about the necessity of a material semiology. Reality is eminently symbolic, but that feature is not only exclusive of textual and discursive realms. It has to do with objects and things, as well. How can we interpret objects and things? How can we manage those? What is actually their meaning? What is the relationship that links that meaning with the social? The answers will come along from the material culture proposals. But the elaboration of this one demands the revision of the G.H.Mead's proposals. Four topics from George Herbert Mead's broad and varied treatment of the physical object have been selected for examination: the function of objects in the definition of the bodily self and its environment; the phenomena of resistance and interiorization in the self's contact with physical objects; the self's identification with the world of physical object and the perceptual and manipulatory phases of the act. This paper reviews all these questions. And we will conclude that they constitute the first steps to outline a Social Psychology of the objects.

KEYWORDS: Mead, social psychology of objects, sociality, self.

*¿Qué queda cuando se ha olvidado todo? El objeto.
Confiar una performance que pasa a un soporte que dura es el
medio menos incierto de hacerle atravesar el espacio y el tiempo*

R. Debray

LA CULTURA MATERIAL

Desde hace una década larga, las ciencias sociales vindican la necesidad de una semiología de lo material (POTTAGE, 2001; PREDA, 1999 y 2000; RECKWITZ, 2002). Está claro que la realidad social es eminentemente simbólica, pero tal simbolismo

no se ciñe exclusivamente a lo textual o discursivo. Afecta, también, a los objetos y las cosas. De este modo, se torna importante responder los siguientes interrogantes: ¿cómo hay que interpretar lo material? ¿qué significado tienen los objetos y las cosas, si es que detentan alguno?, ¿cómo lo adquieren? y, el más importante, ¿cómo se relaciona ese significado con la producción de socialidad? Las respuestas vienen de la mano de lo que se denomina "cultura material" (HODDER, 1982, 1986; SHANKS y TILLEY, 1982, 1987a, 1987b; TILLEY, 1990). Sus principios son los siguientes. En primer lugar, las cosas y los objetos dejan de ser conceptualizados como meros útiles. En segundo lugar, se considera que lo material conforma un sistema de signos, un discurso no verbal: una cultura material paralela a la discursiva. En tercer lugar, no podemos olvidar que todo sistema de signos implica múltiples transformaciones en los elementos que lo conforman y que no es posible describir esos elementos sin atender a sus procesos de cambio. En cuarto lugar, se postula que la cultura material es una creación social y nunca individual. En quinto lugar, se asume que tal cultura es activa. ¿En qué sentido? Pues en la asunción de que el significado es siempre algo activamente producido, que el significado atribuido a cualquier objeto debe argumentarse por y contra otros significados posibles y que este primero es siempre fruto de una mediación. En sexto lugar, la cultura material es entendida como un sistema abierto e irreductiblemente polisémico. En séptimo lugar, esa cultura forma una cadena reificada de comunicación que puede ser esbozada como recurso significativo para el trabajo analítico y teórico, y activada en matrices de estrategias sociales particulares. Por último, se asume que la comprensión de una cultura material es siempre un acto de traducción. Y *traduttore, traditore*. El significado depende del contexto y de la posición del intérprete. No hay ningún significado originario que descubrir en el pasado o en las entrañas de ésta o aquella matriz cultural.

La cultura material es un producto colectivo, socialmente estructurado y mediado. Es más, tanto ésta como el lenguaje constituyen un dato que precede al individuo: a través de ellos se define y actúa. El significado y los objetos no son extensiones de la personalidad sino productos de sistemas de significación. La realidad

no se refleja en el lenguaje o en la cultura material sino que es definida, activada y mantenida a través de ellos. No obstante, en este punto topamos con la principal limitación que presenta semejante aproximación al orden de lo material: no hay una explicación detallada y precisa de cómo lo material se implica en la producción de socialidad y, por añadidura, en la producción de identidad social.

Curiosamente, tal interrogante se solventa si prestamos atención a las propuestas de uno de los principales clásicos de la Psicología Social. Nos referimos a George Herbert Mead. Uno de los aspectos más soslayados en las exégesis de su obra hace precisamente referencia a lo que nos interesa aquí. Es decir, a la implicación del orden material en la producción de socialidad. Efectivamente, en su obra es posible encontrar una explicación para el papel que los objetos juegan en la constitución y mantenimiento de identidades sociales, entender cómo confieren al self un ambiente estable y familiar, examinar cómo los actos de tocar y comprender, en tanto que relación básica con lo material, detentan un papel clave en la construcción y mantenimiento de la realidad, y, en definitiva, observar como la relación del self con el mundo físico se configura como relación social. En las páginas que siguen revisaremos todas estas cuestiones. Y concluiremos que constituyen los primeros pasos para esbozar una Psicología Social de los objetos, que complementa la definición de cultura material que actualmente se vindica y solvente las limitaciones que todavía presenta.

GEORGE HERBERT MEAD Y EL ORDEN DE LOS OBJETOS

Mead es uno de los pocos autores que elabora una explicación sobre el papel que juegan los objetos en la producción de socialidad desde el marco que proporciona el pensamiento social. Aunque no es uno de los aspectos más conocidos de su obra, proporciona una comprensión sistematizada y abundante del papel que las entidades físicas despliegan en la constitución del “Yo” y de las relaciones sociales.

No es menos cierto, no obstante, que hay algunos precedentes. Por ejemplo, en los *Principios de Psicología* de W. James encontramos toda una sección dedicada a definir el *self material*. La lectura de esa sección sugiere dos líneas de reflexión hartamente interesantes. La primera

es que constatamos como James está obligado a hablar de objetos cuando desea describir la formación del “Yo”, y la segunda es que cuando enumera los componentes físicos que participan en la constitución del *self*, topamos con la siguiente lista: el cuerpo, los vestidos, la familia más inmediata, el hogar y algunas cosas específicas completamente seleccionadas entre la totalidad de propiedades que tiene cualquier ser humano. Para James, en tanto que percibimos y otros también perciben los significados de los objetos físicos, éstos devienen elementos altamente significativos y constitutivos de nuestros “Yos” como personas. Un conocido discípulo de James recogerá esta línea de argumentación y afirmará que:

[...] pensamos el cuerpo como “Yo” cuando adquiere una función o significado social, como cuando decimos “Estoy muy bien hoy” o “Soy más alto que tú”. Lo traemos al mundo social, al ser del tiempo, y por esa razón ponemos nuestra auto-conciencia en él. Y es curioso, aunque natural, que precisamente, de la misma manera, podemos llamar a cualquier objeto inanimado “Yo” con el que identifiquemos nuestra voluntad y propósito. Tal cosa es muy notable en los juegos, como en el gol o croquet, en los que la pelota es la encarnación de las vicisitudes del jugador.

(COOLEY, 1902: 183)

Pero insistimos: será en Mead donde hallaremos la formulación más acabada de una Psicología Social de los objetos.

Mead sostiene que los organismos con consciencia, los “selves”, están implicados en complejos procesos de interacción con objetos humanos y no humanos. La capacidad del ser humano para verse a sí mismo como objeto en el campo de su propia experiencia, así como su habilidad para razonar o pensar se da ineluctablemente en la intersección que se establece entre tres sistemas o estratos de realidad: lo inorgánico, lo orgánico y el sistema social humano. Los objetos son relevantes porque permiten la definición de un “self” encarnado o corporeizado dentro de un ambiente concreto. También porque

generan el fenómeno de resistencia e interiorización que se produce cuando el “self” entra en contacto con cosas físicas. A éste hay que añadir la posterior identificación del “self” con el mundo de los objetos físicos; y el papel que tienen los actos de tocar y percibir o captar en la construcción y mantenimiento de la realidad social.

Constitución de un *self* encarnado

La posibilidad de conciencia individual del sí mismo como entidad separada y localizada en un tiempo y un espacio emerge cuando ésta se confronta con el mundo de los “otros” y el mundo de las cosas. Curiosamente, tanto el mundo social como el físico se erigen en la experiencia a través de la acción contrastada de los sentidos de la distancia y del contacto. Con la visión y el tacto construimos un mundo físico, sólido y estable. Lo que hay antes de que tal mundo se constituya es una especie de tierra yerma sin paisaje, deshabitada, desprovista de cosas u objetos. La mano, la mano humana, con su capacidad para coger, sostener, tocar y acariciar objetos es clave en la construcción de un ambiente. La mano llena el ambiente de cosas, objetos manipulables, por medio de la mano el ambiente es roto, reconstituido, sus objetos varían, se conectan, desaparecen... de hecho “la mano es responsable de lo que llamamos cosas físicas” (MEAD, 1972 [1934]: 211).

El contacto con los objetos físicos constituye la realidad de las cosas que una persona puede aprehender y proporciona al cuerpo de la misma un sentido de su orientación en el espacio en la medida en que lo comparte con otras entidades. Esa relación, además, define límites para ambos. Efectivamente, las cosas físicas son definidas por sus límites y el cuerpo no es una excepción. Desde nuestra infancia, desde que somos arrojados al mundo sin paisaje, comenzamos a captar y aprehender nuestro cuerpo a partir de los límites que tiene con otras cosas, superficies que presionan nuestra piel, nuestros órganos... que presionan y limitan nuestro cuerpo. Descubrir nuevas superficies es descubrir los límites de la nuestra, el alcance de nuestra corporeidad.

Resistencia e interiorización

La generación del "Mí" es también un caso de experiencia de contacto. Resulta evidente que el "Mí" es un centro de actividad en la obra de Mead. Pues bien, de la misma manera que el desarrollo del "self" depende del proceso de comunicación social con otros "selves" y de la configuración de un "Otro" generalizado, la conciencia primaria, básica, de tener una interioridad o centro de actividad propio en nuestro cuerpo deriva de una relación con el ambiente. Concretamente de una relación social. Para Mead tal cosa significa que somos capaces de comprometernos en actividades cooperativas con los objetos. Para explicar esta cuestión, el autor recurre sistemáticamente a un paralelismo con su explicación de los procesos de comunicación que se establecen entre "selves". Recordemos que entrar en una relación con "otro" implica ser consciente del "otro" y en particular de la respuesta que ese "otro" dará a un gesto nuestro. Esto significa que tenemos que estimularnos para actuar como el otro actuaría y, así, entender o acceder comprensivamente a nuestro propio gesto desde el punto de vista que ofrece el "otro". Moverse de fuera a dentro. A tal auto-percepción desde el punto de vista del otro, Mead la denominará "adoptar el rol o actitud del otro". Y ése es el núcleo duro de lo que definirá como *socialidad*: la capacidad de ser varias cosas a la vez, ser uno mismo y otro simultáneamente. Detentar la capacidad de dar un paso fuera de uno mismo y observar el mundo y a nosotros mismos con la mirada de los demás.

Del mismo modo, las personas son capaces también de adquirir o tomar el papel de los objetos. Pero la interiorización de éstos no se completa con la adquisición de un nuevo punto de vista, es necesario experimentar físicamente el contacto con los mismos. Así, cuando entramos en contacto físico con un objeto experimentamos una actividad de resistencia por su parte. La resistencia es la ocasión para aprehender la acción personal de, verbigracia, sostener o empujar una cosa desde el punto de vista de la propia cosa. Por ejemplo, la respuesta de un objeto es el peso cuando intento recogerlo, la aspereza de su tamaño, su volumen, el calor o el frío que me transmite, etc. Y también implica que invoco en ese centro de actividad que es el "Mí" el tipo de respuesta de resistencia del objeto con el sentido de

esfuerzo que acompaña a mi propia respuesta. Al invocar la respuesta de resistencia del objeto, replico con mi propia conducta. Así, estoy situando en el “Mí” una respuesta cooperativa con la del objeto. Los objetos son la oportunidad de descubrimos, de experimentarnos. Y nosotros somos la posibilidad de que los objetos, a su vez, *sean*, porque la respuesta del objeto y mi propia respuesta hace que lo conceptualize como algo con un interior y una naturaleza inherente; la resistencia del objeto significa que es algo más que un conjunto de superficies: es una estructura con interioridad. Su resistencia no es una proyección de mi esfuerzo, tiene su propio “locus”, la resistencia está tanto en la cosa como en mi esfuerzo, está en la relación, y la resistencia estará presente sólo en la medida en que mi esfuerzo esté presente. A través de la respuesta del objeto descubro un objeto físico con una naturaleza inherente.

Sería un error atender a tal naturaleza inherente de la materia como una proyección hecha por el sentido de esfuerzo del organismo en el objeto. La resistencia esta en la cosa así como el esfuerzo está en el organismo, pero la resistencia está allí por oposición al esfuerzo de la acción de otras cosas.

(MEAD, 1932: 123-125)

El curioso juego de acción-reacción, de fuerza y contra-fuerza, que plantea Mead sienta las condiciones de un tipo de relación en la que somos capaces de tomar el punto de vista de los objetos. Al adoptarlo percibimos otros objetos y nos percibimos desde el punto de vista del mencionado objeto. La fuerza, la acción que ejerzo contra un objeto, provee a éste con una interioridad, pero resulta que también me dota a mí con interioridad. Juego de interioridades que aparece y crece en el juego de relaciones con objetos. Nos movemos siempre de la relación al interior: creamos el interior a partir de ésta.

Vemos que el objeto no ofrece simplemente una resistencia pasiva, sino que nos resiste activamente. Pero la importancia fundamental de este hecho para la emergencia del objeto físico en la experiencia creo que no ha sido reconocida. Es fácil soslayarla, puesto

que la actitud de la respuesta de la cosa a la presión es idéntica a la del organismo, aunque opuesta en su dirección. Tal oposición se revela a sí misma en la aparición del organismo como objeto físico. Y tal objeto sólo puede aparecer cuando el organismo ha tomado la actitud de actuar hacia sí mismo, y la invitación a tal cosa se encuentra en el hecho de que nos hemos estimulado gracias a nuestra actitud hacia la cosa física para responder como la cosa responde.

(MEAD, 1932: 138)

Resistencia e interiorización, no es posible describir la última sin la primera. El mundo que captamos, el mundo que habitamos es un mundo de objetos sociales. Tales objetos implican nuestro “self” y, por otro lado, el “self” como objeto depende de la presencia de otros objetos con los que identificarse. Hay una identificación de nuestros centros de actividad con los centros de actividad que brotan del interior de las cosas, y semejante identificación es una identidad de respuesta: como hemos visto, el carácter de resistencia de nuestro cuerpo es idéntico al carácter de resistencia del objeto. En los actos sociales con las cosas, la realidad de las cosas percibidas emerge a través y gracias a ese proceso de identificación. Otra lección que se desprende de las propuestas de Mead es que el “self” identifica el carácter de resistencia de una cosa u objeto con su propia habilidad para resistir la presión que proviene del objeto.

En suma, los objetos posee dos características primordiales desde el punto de vista de la experiencia individual: La primera tiene que ver con la continuidad que hay entre experiencia de presión en el organismo y la resistencia en el objeto físico. La segunda característica del objeto viene tomada prestada del organismo, se gesta en el devenir objeto de esa primera entidad, y es lo que llama “tener una interioridad.” Es decir, que hay una resistencia idéntica en el organismo y en el objeto que abre la puerta a ese préstamo. Tomar la actitud de presión contra un objeto es alcanzar en el organismo la actitud de contra-presión. La acción idéntica que se despliega en el objeto cuando el organismo actúa sobre o contra él, genera la experiencia de la “cosa” física (MEAD, 1932).

Identificación del *self* y del mundo de los objetos

Pero se genera mucho más: la aparición de identificación entre el “self” y el orden de los objetos. No hay que olvidar que para Mead el mundo en que vivimos es un terreno de objetos sociales: objetos cuya existencia está implicada en nuestra propia experiencia como “self”. La constitución del self-como-objeto, la identificación del “self” como centro de actividad y el objeto como otro centro de actividad se da siempre como identidad de respuesta. Como veíamos anteriormente, el carácter de resistencia del objeto es idéntico al carácter de resistencia de nuestro cuerpo.

La única respuesta que puedo dar a la cuestión es que el organismo al agarrar y empujar cosas está identificando su propio esfuerzo con la experiencia de contacto de la cosa.

(MEAD, 1932: 122)

Lo que deseáramos destacar en este punto es que en los actos sociales con cosas, la realidad de las cosas u objetos emerge a través de este proceso de identificación. Ser consciente del significado de un objeto consiste únicamente en tener consciencia de la actitud del objeto hacia nosotros. En nuestro mundo, la consciencia que tenemos de los objetos como entidades físicas y, más aún, de nosotros mismos como posibles “cosas” físicas, está ineluctablemente ligada a nuestra habilidad para percibir y experimentar la respuesta que dan los objetos cuando hay confrontación con ellos. Ahora o luego, mañana o ayer, tal percepción puede darse en la distancia, del tiempo y del espacio.

Socialidad con objetos

La socialidad con objetos que brinda Mead es una lógica en la que los objetos existen siempre en actos, actos organizados, actos sociales. La “cosa” física existe en tanto que objeto percibido u objeto manipulado, nunca antes. Como objetos percibidos existen en el tiempo, pueden ser objetos distantes; como objetos manipulados son reales, existen, están exclusivamente en el presente. Aunque un objeto esté distante a mi mano o no esté a mi alcance físicamente, su realidad sólo puede ser experimentada en y a través de un acto,

aunque sea un acto que alcanza o construye el futuro. En este sentido, las actitudes que el individuo siempre asume con relación a un objeto, aunque no pueda ser directamente manipulado, son las de una experiencia inmediata. A pesar de la distancia, siempre hay experiencia de contacto con el objeto, siempre resultados que se alcanzan en el acto. Un objeto distante (distancia geográfica o temporal) invita a la acción, y conduce a resultados organizados en actos, en el presente. La transición de la distancia a la experiencia de contacto se da cuando el individuo asume una “actitud reflexiva” hacia su percepción del objeto. Tal actitud le permite trascender la distancia y alcanzar la “cosa” física a pesar de su posible lejanía.

Esta cuestión es muy interesante en Mead porque está planteando que la realidad última del objeto siempre es experimentada en el presente y en un acto u acontecimiento. Tanto si el objeto es exclusivamente percibido como si además es manipulado, la experiencia de contacto es la que en última instancia confiere carta de realidad a la “cosa” física. El objeto es capaz de trascender el tiempo y el espacio en la actitud reflexiva. No está supeditado al devenir temporal, si acaso la afirmación sería válida en sentido inverso: la temporalidad está supeditada a la experiencia de contacto, al acto con objetos.

HACIA UNA PSICOLOGÍA SOCIAL DE LOS OBJETOS

Hay varias cuestiones sobre esta socialidad con objetos que conviene aclarar. En primer lugar, como hemos visto, Mead no pretende explicar el origen del mundo físico, ese no es su problema: no busca elaborar una metafísica de la relación sujeto-objeto. Su interés reside precisamente en el cómo y en qué conciencia adquirimos de ese mundo. El mundo de las cosas físicas adquiere o entra en la realidad cuando establecemos una relación en él, sólo en y gracias a la relación la “cosa” física adviene a la realidad. Los significados que la experiencia de contacto introduzcan en el mundo de objetos pueden cambiarlo, por supuesto. Eso es indiscutible. Es más, debe reconocerse que en todo lo afirmado yace una conexión entre un nivel ontológico y otro político. Para Mead el conocimiento siempre es acción y reconstrucción, implica inevitablemente cambio.

[...] porque la reconstrucción es esencial para la conducta de un ser inteligente en el universo. Tal cosa no es sino parte de una proposición más general que afirma que hay cambio constante en el universo, y que como consecuencia de esos cambios el universo deviene un universo diferente.

(MEAD, 1932: 4)

El análisis que hace Mead de los objetos o de la posición de la “cosa” física con relación al individuo no es anecdótico. Todo lo contrario, es clave y necesario para entender la lógica social y las dinámicas de constitución del “self” que se proponen en sus trabajos. La identificación o la continuidad que se establece entre el individuo y el objeto es la condición necesaria para la auto-reflexividad. La identificación es un mecanismo que explica cómo desplazarnos de un conocimiento de las “interioridades” de las cosas a un conocimiento sobre el “interior” de “self” corporeizado. Nos movemos del objeto al sujeto, del otro al “self”, de fuera a dentro, de la relación a la cosa, del acontecimiento a la esencia. La experiencia humana está posibilitada por los objetos, éstos están en el mismo nivel lógico que el “self” y confieren puntos de referencia para la auto-definición. La “cosa” física tiene un papel activo en la constitución del “self”. Discurso, significados, gestos, pero también los objetos generan comunicación con los demás, transmitir un sentido, definir a los demás y presentarnos a nosotros mismos.

La idea básica en este planteamiento no es nueva. De hecho, Mead desarrolla a fondo una vieja intuición de Fichte que plantea que la auto-realización del “ego” siempre tiene lugar gracias a la resistencia de los objetos, resistencia que, obviamente, es depositada por el “ego” mismo (JOAS, 1980). Por otro lado, el tratamiento que ofrece Mead de la constitución de los objetos físicos es fuertemente deudor del “Pragmatismo”. Concretamente de su tesis central que afirma que la percepción de las cosas no puede ser entendida simplemente como una copia en la consciencia de un mundo externo de objetos reales pre-dados (JAMES, 1907). Ni siquiera pueden ser pensados como una mera asunción en contraste con un juego de datos o sensaciones dadas en la consciencia. Muy al contrario, toda percepción está constituida en la acción, sea lo que sea lo que

signifique, más o menos, la palabra “acción”. Hay, no obstante, una novedad en la obra de Mead que merece la pena valorar. Como puede observarse en la siguiente cita, la percepción tiene dos características o, mejor dicho, se da de dos maneras diferentes:

Hay dos características de la experiencia perceptual que ya he indicado pero que deseo enfatizar de nuevo. La primera de éstas es que la percepción de las cosas físicas presupone un acto que ya está dándose por delante de la percepción y que es un proceso en el que la percepción yace; la segunda es que la percepción implica una inhibición de este proceso de movimiento hacia o lejos de un estímulo distante, una inhibición que se da gracias a la presencia en el organismo de conclusiones alternativas al acto [...].

(Citado en JOAS, 1980: 148)

Dos modalidades: la percepción está inscrita en nexos de acción, pero también la interrupción, la inhibición de la acción libera la percepción. El significado de la inhibición sistemática de la acción es importante por dos razones. En primer lugar, tal mecanismo marca una diferencia básica entre los seres humanos y los animales en sus relaciones con los objetos. Gracias a la inhibición los objetos físicos son liberados de una incorporación compulsiva e instintiva en los sistemas de acción necesidad-satisfacción típicos de los animales. Por ejemplo, mientras que en el caso de los chimpancés el uso de “garrotes” y otros objetos está unido completamente a la dimensión de la locomoción, en el caso de los seres humanos está ligado más al sentimiento y a un órgano especializado –la mano– en acciones manipulativas no dependientes directamente de la presión de satisfacer ciertas necesidades. De hecho, en este gesto de inhibición se gestan los significados.

En el campo de la materia, la resistencia que el volumen de un cuerpo ofrece a la mano, o a cualquier superficie del cuerpo, y la tendencia a manipularlo cuando lo vemos en la distancia se organizan de varias maneras. Está, por ejemplo, la tendencia a coger un libro de una mesa distante. La forma y resistencia

del libro están presentes de alguna manera en el ajuste ya presente en el organismo cuando el libro es visto. Mi tesis es que la respuesta de contacto inhibido en la experiencia de distancia constituye el significado de la resistencia del objeto físico.

(MEAD, 1932: 127)

En segundo lugar, la noción de inhibición de la acción pone en primer plano la relevancia que el concepto de *acto* tiene en la obra de Mead. El acto es el punto de referencia de la percepción y es la llave para entender la socio-lógica de este autor como una socio-lógica del acontecimiento y para entender el papel subordinado que el tiempo tiene con relación a la constitución de la “cosa” física. Para Mead, la consciencia de la materialidad del tiempo es tanto una elaboración intersubjetiva como dependiente de la constitución del objeto físico. Hemos visto que la constitución del objeto físico depende directamente de la capacidad de identificación que, entre otras cosas, permite comprender como se transfieren percepciones de contacto a percepciones de experiencia de distancia. En sentido estricto sólo hay simultaneidad inmediata en el caso de la experiencia de contacto, sólo en ese caso se encuentran dos cuerpos o entidades materiales y, únicamente en ese caso, emerge un acto. Por el contrario, la transferencia de estas percepciones a las percepciones de distancia implica anticipación, una expectativa, un *qué será, qué habrá, que se dará...* Si no aparecen problemas en la transferencia tal cosa puede incluso operar de manera no consciente. No obstante, cuando adviene algún problema en el curso de una acción, las dos esferas: la percepción de contacto y la percepción de distancia se separan y se hace evidente el carácter hipotético y anticipatorio de la percepción de distancia. Se evidencia que el futuro era esa hipótesis realizada sobre la percepción de un objeto distante. Y se hace todavía más palpable que tal hipótesis estaba hecha desde el presente, en función de un acto presente. En este caso, el objeto distante está en algún sentido distante, tanto espacial como temporalmente. Sólo la transferencia de una experiencia de contacto al objeto distante hace que éste pierda ese carácter de distancia y sea incluido en la lógica de un acto presente. *Así, el objeto distante se vuelve simultáneo con el individuo, comparten, producen acto, están implicados en la emergencia*

del mismo acontecimiento. Lo curioso de esta propuesta es que lo que aparecía en el caso problemático como una distancia espacial y temporal, ahora, con la transferencia es convertida en una distancia puramente espacial. Esa especie de espacialización del tiempo a lo Bergson no es un problema para Mead, sencillamente un requisito necesario para la acción instrumental del individuo. La constitución de la “cosa” física extiende más allá de sus límites el presente puntual, el acto. Como resultado de la irrupción de cursos problemáticos aparece el futuro y el pasado, pero sólo como efectos derivados del anterior proceso.

La cuestión esencial se encuentra en la simultaneidad de los objetos móviles de un campo distante con los objetos percibidos en un campo de contacto. El objeto inmóvil en el conjunto consecuente, como antes afirmé, tiene un valor futuro propio a su distancia, que de alguna manera es abstraído a través de la inhibición de los actos que el objeto distante despierta. Gracias a la identificación con el objeto distante, la contemporaneidad aparece [...] Es contemporáneo en el momento con el individuo. [...] Es evidente que es la formación del objeto físico la que es responsable de la aparición del individuo como objeto, ya que éste trae la contemporaneidad y también la posibilidad de la distinción entre movimiento y reposo, así como entre espacio y tiempo, y, de esta manera, constituye un nuevo ambiente que responde al nuevo individuo. En otras palabras, la contemporaneidad se puede alcanzar sólo en la medida en que los objetos distantes que son el futuro pueden ser traídos hipotéticamente al campo de contacto, y así devenir objetos físicos.

(Citado en JOAS, 1980: 195).

En suma: formación del “self”, constitución del objeto permanente y constitución del tiempo. Tres momentos indesligables, en una relación inevitable, en una relación que fundamenta lo social.

CONCLUSIÓN

La Psicología dominante en el momento en el que escribe Mead, el conductismo, no reconocerá la temática de la constitución del objeto como problema. La razón es tan sencilla como que la estructura objetual del mundo está más allá de toda duda. La teoría del aprendizaje que ofrece el conductismo, dicho de manera muy esquemática, presenta exclusivamente una explicación de los procesos de discriminación entre objetos y de los procesos de selección entre las cualidades y características de éstos. Las excepciones aparecerán con el trabajo de los miembros de la escuela Soviética de Psicología, autores como Wygotski o Leontjew en su intento de ir más allá de los estrechos postulados del conductismo y del pavlovismo plantearán la problemática de la constitución del objeto como momento importante del desarrollo psicológico.

Ocurrirá algo parecido con la Antropología Filosófica de Gehlen en Alemania y con la Psicología Constructivista del desarrollo de Piaget. Con la excepción de éste, en los casos citados, no obstante, la problemática de las relaciones con objetos se mantiene siempre confinada en la esfera funcional de la mera acción instrumental. En el caso de Piaget encontramos cierto reconocimiento del trabajo realizado por Mead, a pesar de que rechaza la explicación de la constitución del orden objetual como emergencia de la combinación de la percepción táctil y visual y de la experiencia de resistencia (PIAGET, 1982). Pero ninguno de los ejemplos mencionados desarrolla lo que podríamos denominar una Psicología Social de los objetos. No hay interés por el papel que los objetos pueden jugar en la constitución y despliegue de las relaciones sociales.

Mead es un autor con un amplio reconocimiento en la Psicología Social y en la Sociología. Básicamente se valora su contribución a la comprensión del "self" como centro de actividad y como dimensión producida socialmente. Por tal razón, él localiza la "mente" humana en un campo de interacción y sostiene que emerge, se constituye y reconstituye a través de la comunicación. Pero lo que ha sido sistemáticamente soslayado y hemos pretendido recuperar aquí es simplemente que tal diálogo se realiza *en y con un mundo material*.

REFERENCIAS

COOLEY, C.H. *Human Nature and the Social Order*. New York: Charles Scribner's Sons, 1902.

HODDER, I. *Symbols in Action*. Cambridge: Cambridge University Press, 1982.

HODDER, I. *Reading the Past*. Cambridge: Cambridge University Press, 1986.

JAMES, W. *Las variedades de la experiencia religiosa*. Barcelona: Península, 1986.

JAMES, W. (1907) *Pragmatismo*. Madrid: Alianza Editorial, 2000.

JOAS, H.G.H. *Mead. A Contemporary Re-examination of his Thought*. Cambridge: Polity Press, 1980.

JOAS, H. *El pragmatismo y la teoría de la sociedad*. Madrid: CIS-Siglo XXI, 1998.

JOAS, H. *The Creativity of Actino*. Chicago: Chicago University Press, 1996.

LEONTIEV, A. N. *El hombre y la cultura problemas teóricos sobre educación*. México D.F.: Grijalbo, 1968.

LEONTIEV, A. N. *La actividad en la psicología*. La Habana: La Habana Editorial, 1979.

LEONTIEV, A. N. *Psicología y pedagogía*. Madrid: Akal, 1986.

MEAD, G.H. *The Philosophy of the Present*. Chicago: The University of Chicago Press, 1932.

MEAD, G.H. (1934) *Espíritu, persona y sociedad*. Buenos Aires: Paidós, 1972.

PIAGET, J. *La construcción de lo real en el niño*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1981.

POTTAGE, A. (2001) Persons and things: an ethnographic analogy. *Economy and Society*, 30(1): 112-138.

- PREDA, A. The turn to things: Arguments for a Sociological Theory of Things. *The Sociological Quarterly*, 40(2): 347-366, 1999.
- PREDA, A. Order with Things? Humans, Artifacts and the Sociological Problem of Rule-Following. *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 30(3): 269-298, 2000.
- RECKWITZ, A. The Status of the Material in Theories of Culture: From Social Structure to Artefacts. *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 32(2): 195-217, 2002.
- SHANKS, M. and TILLEY, C. Ideology, symbolic power and ritual communication: a reinterpretation of Neolithic mortuary practices, en I. Hodder (Ed.) *Symbolic and Structural Archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press, 1982.
- SHANKS, M. *Social Theory and Archaeology*. Cambridge: Polity Press, 1987a
- SHANKS, M. *Re-Constructing Archaeology: Theory and Practice*. Cambridge: Cambridge University Press, 1978b.
- TILLEY, C. (Ed.) *Reading Material Culture*. Oxford: Blackwell, 1990.
- VYGOTSKY L. S. *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Barcelona: Crítica, 1972.
- VYGOTSKY L. S. *Pensamiento y lenguaje. Teoría del desarrollo cultural de las funciones psíquicas*. Buenos Aires: La Pléyade, 1973.
- VYGOTSKY L. S. *La Imaginación y el arte en la infancia. Ensayo psicológico*. Madrid: Akal, 1982.
- VYGOTSKY L. S. *Obras escogidas*. Madrid: Visor, 1982b.

Doménech, M. et al.

“George Herbert Mead y la Psicología Social de los objetos”

Miquel Doménech, Doctor en Psicologia por la Universitat Autònoma de Barcelona. Profesor Titular de Psicologia Social. Miembro del GESCIT (Grup d'Estudis Socials de la Ciència i la Tecnologia). Departament de Psicologia de la Salut i Psicologia Social. Facultat de Psicologia. Universitat Autònoma de Barcelona.

O endereço eletrônico do autor é:

miquel.domenech@uab.es.

Lupicínio Iñiguez, Doctor en Filosofía y Letras (Psicología) por la Universitat Autònoma de Barcelona. Profesor Titular de Psicologia Social. Miembro del GESCIT (Grup d'Estudis Socials de la Ciència i la Tecnologia). Departament de Psicologia de la Salut i Psicologia Social. Facultat de Psicologia. Universitat Autònoma de Barcelona.

O endereço eletrônico do autor é:

<http://antalya.uab.es/liniguez/>.

lupicinio.iniguez@uab.es

Francisco Tirado, Doctor en Psicologia por la Universitat Autònoma de Barcelona. Profesor Titular de Psicologia Social. Miembro del GESCIT (Grup d'Estudis Socials de la Ciència i la Tecnologia). Departament de Psicologia de la Salut i Psicologia Social. Facultat de Psicologia. Universitat Autònoma de Barcelona.

O endereço eletrônico do autor é:

franciscojavier.tirado@uab.es

Miguel Doménech, Lupicínio Iñiguez y Francisco Tirado

George Herbert Mead y la psicología social de los objetos

Recebido: 5/5/2003

Aceite final: 11/7/2003